

RITO DE ENTRADA EN EL CATECUMENADO

RITO DE INTRODUCCIÓN

48. Los solicitantes, sus acompañantes y un grupo de fieles se reúnen fuera de la iglesia (o en el atrio o pórtico), o en alguna parte apropiada de la iglesia, o bien, finalmente, en otro lugar idóneo. El sacerdote o diácono acude a su encuentro, revestido con alba (o roquete) y estola, y si desea, con capa pluvial de color festivo, para encontrarse con los que están esperando, mientras los fieles entonan un salmo o himno apropiado.

INSTRUCCIÓN PRELIMINAR

49. El celebrante saluda cordialmente a los solicitantes. Después les dirige la palabra a ellos, a sus acompañantes y a todos los asistentes, señalando el gozo y satisfacción de la Iglesia y, si lo juzga oportuno para los acompañantes y amigos, puede evocar las experiencias particulares y la respuesta religiosa con la que cada candidato se enfrentó al comenzar su itinerario espiritual, hasta llegar a dar el paso actual.

Después invita a los acompañantes y a los solicitantes a que se adelanten. Mientras se acercan y ocupan un lugar ante el celebrante, se puede entonar algún canto apropiado, v.gr., el salmo 63 (62), 2-9:

Salmo 63 (62), 2-9

² Oh Dios, tú eres mi Dios; por ti madrugo,
Mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

³ ¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!

⁴ Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

⁵ Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.

⁶ Me saciaré como con manjares exquisitos,
y mis labios te alabarán jubilosos.

⁷ En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,

⁸ porque fuiste mi auxilio,

y a la sombra de tus alas canto con júbilo.
⁹ Mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

DIÁLOGO

50. Entonces el celebrante pregunta a cada uno de los solicitantes, si es necesario, su nombre y apellido, a no ser que sean conocidos los nombres por ser muy pocos. Aunque el interrogatorio se haga una sola vez, si hay un gran número de solicitantes, cada uno debe responder individualmente. Esto se puede hacer del modo siguiente, o de otro modo parecido.

A

Celebrante:

¿Cómo te llamas?

Solicitante: N.

B

Si lo desea, el celebrante llama a cada solicitante por su nombre, y este responde:

Presente.

El celebrante continúa con las siguientes preguntas a los solicitantes individualmente o cuando hay un gran número, las adapta para que los solicitantes contesten como grupo. El celebrante también puede hacer las preguntas con palabras distintas a las que se sugieren aquí, y admitir respuestas libres y espontáneas de los solicitantes después de la primera pregunta: ¿Qué pides a la Iglesia de Dios? o ¿Qué deseas? o ¿Por qué razón has venido? se puede responder: La gracia de Cristo, El ingreso en la Iglesia, o bien: La vida eterna y otras respuestas convenientes, a las cuales el celebrante acomodará sus preguntas sucesivas.

Celebrante:

¿Qué pides a la Iglesia de Dios?

Solicitante: La fe.

Celebrante:

¿Qué te ofrece la fe?

Solicitante: La vida eterna.

51. Se deja a la discreción del obispo diocesano (cfr. n. 33.2), el que la primera adhesión de los solicitantes al Evangelio (n. 52) sea reemplazada por el rito de exorcismo y renuncia a los cultos falsos (nn. 70-72).

PRIMERA ADHESIÓN AL EVANGELIO DE LOS SOLICITANTES

52. Despues, el celebrante, acomodando de nuevo sus palabras a las respuestas recibidas, se dirige otra vez a los solicitantes con estas u otras palabras semejantes:

A

Dios ilumina a todo ser que viene a este mundo
y, por medio de la creación,
manifiesta sus atributos invisibles
para que todos puedan aprender
a dar gracias a su Creador.

Para ustedes, que han seguido su luz,
he aquí que ahora se les abre el camino del Evangelio.
Sobre el sólido cimiento de la fe,
reconozcan a Dios vivo
que habla en verdad a todos.
Al caminar a la luz de Cristo,
confíen en su sabiduría.
Poniendo su vida en manos de él cada día,
lleguen a creer en él de todo corazón.

Este es el camino de la fe,
por el cual Cristo los conducirá en la caridad,
para que tengan vida eterna.

¿Están ustedes, pues, dispuestos a empezar hoy,
guiados por él, este camino?

Solicitantes: Sí, estoy dispuesto(a).

B

Dios es nuestro creador
y en él se mueven todos los vivientes.
Él ilumina nuestras mentes
para que le conozcamos y le demos culto.
Él nos envió a su testigo fiel, Jesucristo,
para que nos anunciara a nosotros lo que él vio y oyó,
en el cielo y en la tierra.

Para ustedes, que se alegran en la venida de Cristo,
ha llegado el tiempo
de escuchar su palabra
para que lo conozcan con nosotros,
para que amen a su prójimo
y así alcancen la vida eterna.
¿Están ustedes dispuestos a abrazar esta vida, con la ayuda de Dios?

Solicitantes: Sí, estoy dispuesto(a).

C

Esta es la vida eterna:
que conozcan al Dios verdadero
y a su enviado Jesucristo.
Porque él, resucitado de entre los muertos,
ha sido constituido
rey de la vida y Señor de todas las cosas,
visibles e invisibles.

Por tanto, si desean hacerse discípulos
y miembros de la Iglesia,
es necesario que sean introducidos en la verdad integral,
que él nos reveló,
para que tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús

y procuren conformar su proceder a los preceptos evangélicos,
y así amen a Dios nuestro Señor y al prójimo,
como Cristo nos mandó y nos dio ejemplo.

¿Está cada uno de ustedes dispuesto a aceptar sus enseñanzas evangélicas?

Solicitantes: Sí, estoy dispuesto(a).

AFIRMACIÓN POR PARTE DE LOS ACOMPAÑANTES Y DE LA ASAMBLEA

53. Después, vuelto hacia los acompañantes y a toda la asamblea, les interroga con estas palabras u otras semejantes:

Ustedes, los acompañantes de estos solicitantes que ahora presentan a la Iglesia
y todos ustedes hermanos y hermanas aquí presentes,
¿están dispuestos a ayudarlos a encontrar y a seguir a Cristo?

Todos: Sí, estamos dispuestos.

El celebrante, con las manos juntas, dice:

Padre de bondad,
te damos gracias por estos hijos tuyos que,
atendiendo a tu solicitud
te han buscado a ti,
que de maneras diversas los has precedido y has llamado a su puerta
y porque han respondido a tu llamada ante nosotros hoy.
Por eso todos nosotros te alabamos y te bendecimos, Padre de bondad.

Todos: Te alabamos y te bendecimos,
Padre de bondad.

SIGNACIÓN DE LA FRENTE Y LOS SENTIDOS

54. Luego el celebrante hace la señal de la cruz en la frente de los solicitantes (o bien delante de la frente, si el obispo diocesano juzga que en su cultura no es apropiado el tocar; cfr. n. 33.3). Se deja a la discreción del celebrante el signar después uno, varios, o todos los sentidos. El celebrante solo dice la fórmula que acompaña a cada signación.

SIGNACIÓN DE LA FRENTE

55. Se puede hacer una de las siguientes opciones, dependiendo del número de los solicitantes.

A

El celebrante se dirige a los solicitantes (si son pocos) y a sus acompañantes en estas y otras palabras semejantes:

Queridos amigos, acérquense ahora con sus acompañantes para recibir la señal de su nuevo modo de vida como catecúmenos.

Los solicitantes, con sus acompañantes, se van acercando uno a uno al celebrante. Este hace la señal de la cruz, con el pulgar, en la frente de cada uno de los solicitantes; luego, si no se va a signar ninguno de los sentidos, como en el n. 56, los acompañantes hacen lo mismo. El celebrante dice:

N., recibe la señal de la cruz en la frente.

Cristo mismo te fortalece

con este signo de su amor

(si antes se ha hecho la renuncia: con este signo de su victoria).

Aprende ahora a conocerlo y seguirlo.

Según lo indiquen las circunstancias, la signación se puede concluir cantando una aclamación de alabanza a Cristo, por ejemplo:

¡Gloria y alabanza a ti, Señor Jesús!

B

Pero si el número de solicitantes es muy grande, el celebrante se dirige a ellos con estas u otras palabras semejantes:

Queridos amigos,
ya que, de acuerdo con nosotros
(si antes se ha hecho la renuncia: y con la renuncia de ustedes a los cultos falsos)
han afirmado nuestra vida y nuestra esperanza en Cristo,
junto con sus catequistas y acompañantes.
Ahora los signo con la señal de la Cruz de Cristo
para que sean catecúmenos.

Toda la comunidad los acoge con su amor
y los acompañará con su auxilio.

Entonces el celebrante hace la señal de la cruz sobre todos ellos, al mismo tiempo que un acompañante o catequista hace la señal de la cruz en la frente de cada persona. El celebrante dice:

Reciban la señal de la cruz en la frente.
Cristo mismo los fortalece
con este signo de su amor
(si antes se ha hecho la renuncia: con este signo de su victoria).
Aprendan ahora a conocerlo y seguirlo.

Según lo indiquen las circunstancias, la signación se puede concluir cantando una aclamación de alabanza a Cristo, por ejemplo:

¡Gloria y alabanza a ti, Señor Jesús!

SIGNACIÓN DE LOS OTROS SENTIDOS

56. Luego tiene lugar la signación de los demás sentidos (sin embargo, a juicio del celebrante, se puede omitir parcial o incluso totalmente).

Son los catequistas o acompañantes quienes hacen las signaciones (si las circunstancias lo requieren, pueden hacerlas varios presbíteros o diáconos). Todas y cada una de estas signaciones pueden concluir, si parece oportuno, alabando a Cristo, v. gr.: ¡Gloria y alabanza a ti, Señor Jesús! Pero las fórmulas siempre las dice el celebrante, que dice:

Mientras signan los oídos:

Reciban la señal de la cruz en los oídos,
para que escuchen la voz del Señor.

Mientras signan los ojos:

Reciban la señal de la cruz en los ojos,
para que vean la gloria de Dios.

Mientras signan los labios:

Reciban la señal de la cruz en los labios,
para que respondan a la Palabra de Dios.

Mientras signan el pecho:

Reciban la señal de la cruz en el pecho,
para que Cristo habite por la fe en sus corazones.

Mientras signan los hombros:

Reciban la señal de la cruz en los hombros,
para que lleven el suave yugo de Cristo.

[Mientras signan las manos:

Reciban la señal de la cruz en las manos,
para que Cristo sea conocido por el trabajo que hagan.

Mientras signan los pies:

Reciban la señal de la cruz en los pies,
para que puedan caminar siguiendo a Cristo.]

Después el celebrante solo signa colectivamente a todos los catecúmenos sin tocarlos, haciendo sobre ellos la señal de la cruz (o, si son pocos, sobre cada uno de ellos, con la fórmula en singular) mientras dice:

Los signo a todos ustedes
en el nombre del Padre, y del Hijo + y del Espíritu Santo,
para que vivan por los siglos de los siglos.

Catecúmenos: Amén.

57. Entonces el celebrante dice:

A

Oremos.

Padre de bondad,
escucha benignamente nuestras oraciones;
y a estos catecúmenos, N. y N.,
a quienes hemos marcado con la señal de la cruz de Cristo,
protégelos con su fuerza,
para que, atesorando lo que han llegado a conocer de tu gloria,
puedan llegar, por la observancia de tus mandamientos,
a la gloria del nuevo nacimiento bautismal.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

B

Oremos.
Oh Dios todopoderoso,
que por la cruz y resurrección de tu Hijo
llenaste de vida a tu pueblo,
te rogamos que concedas que tus siervos,
a los que hemos signado con la cruz,
siguiendo las huellas de Cristo,
posean en su vida la fuerza salvadora de la cruz,
y la manifiestan en su conducta.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

58. A discreción del obispo diocesano, se puede dar un nombre nuevo (n. 73) en este momento.

59. A discreción del obispo diocesano, la invitación a celebrar la Palabra de Dios puede ser precedida o seguida de ritos adicionales que manifiesten la admisión en la comunidad, por ejemplo, la entrega de una cruz (n. 74) o alguna otra acción simbólica.

INTRODUCCIÓN EN LA IGLESIA

60. Despues el celebrante invita a los catecúmenos a entrar con sus acompañantes en la iglesia o en otro lugar idóneo donde se celebrará la liturgia de la Palabra, con estas palabras u otras semejantes:

N. y N., entren ustedes en la iglesia,
para que tengan parte con nosotros en la mesa de la Palabra de Dios.

Luego, con un ademán, los invita a entrar.

Mientras tanto, se canta un himno apropiado o la siguiente antífona con el salmo 34 (33), 2-3. 6 y 9. 10-11 y 16:

Vengan, hijos míos, escúchenme:
les enseñaré el temor del Señor.

Salmo 34 (33), 2-3. 6 y 9. 10-11 y 16

² Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
³ mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R.

⁶ Contémplenlo, y quedarán radiantes,
su rostro no se avergonzará.

⁹ Gusten y vean qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R.

¹⁰ Todos sus santos, teman al Señor,
porque nada les falta a los que lo temen;

¹¹ los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada.

¹⁶ Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos escuchan sus gritos. R.

SAGRADA CELEBRACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

INSTRUCCIÓN

61. Cuando los catecúmenos han vuelto a sus asientos, el celebrante les habla brevemente, ayudándoles a comprender la dignidad de la Palabra de Dios, que se anuncia y se escucha en la Iglesia.

A continuación, se lleva procesionalmente el libro de las sagradas Escrituras, se le coloca con todo honor en el ambón y, si se juzga oportuno, se le inciensa. Entonces se tiene la celebración litúrgica de la Palabra.

LECTURAS

62. Las lecturas pueden escogerse de entre las que aparecen en el Leccionario, n. 743, que sean apropiadas para los nuevos catecúmenos:

PRIMERA LECTURA

Gén 12, 1-4a: *Deja tu país y ve a la tierra que yo te mostraré.*

SALMO RESPONSORIAL

Sal 33 (32), 4-5. 12-13. 18-19. 20 y 22

R. (12b) Dichoso el pueblo escogido por Dios.

O bien:

R. (22) Señor, ten misericordia de nosotros.

VERSÍCULO ANTES DEL EVANGELIO

Jn 1, 41. 17b

Hemos encontrado a Cristo, el Mesías.
La gracia y la verdad nos han llegado por él.

EVANGELIO

Jn 1, 35-42: *Este es el Cordero de Dios. Hemos encontrado al Mesías.*

HOMILÍA

63. Sigue la homilía.

ENTREGA DE LOS EVANGELIOS

64. Si así lo desea, el celebrante puede entregar con dignidad y reverencia una copia de los Evangelios a los catecúmenos. También puede entregarles una cruz, a no ser que se haya dado como uno de los ritos adicionales (cfr. n. 74). El celebrante puede usar alguna fórmula apropiada al regalo que se da, v.gr.:

Recibe el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

Es oportuno que los catecúmenos den una respuesta apropiada a las palabras y regalo del celebrante.

INTERCESIONES POR LOS CATECÚMENOS

65. Despues, lo acompañantes y toda la congregación se unen en estas súplicas u otras similares por los catecúmenos. Se añaden las peticiones acostumbradas por las intercesiones de la Iglesia y de todo el mundo si, después de que se despide a los catecúmenos, se omite la Oración de los fieles de la celebración eucarística (cfr. n. 68).

Celebrante:

Estos catecúmenos, que son nuestros hermanos y hermanas,
ya han seguido un largo recorrido.

Nos regocijamos con ellos por la suave guía de Dios
que los ha traído hasta este día.

Ahora vamos a orar por ellos,
para que tengan la fortaleza de completar
el gran camino que se abre ante ellos
para la plena participación en nuestra vida.

Lector:

Para que el Padre celestial les revele cada día más a Cristo,
roguemos al Señor.

R. Escúchanos, Señor.

Lector:

Para que abracen con alma y corazón magnánimos
la entera voluntad de Dios,
roguemos al Señor.

R. Escúchanos, Señor.

Lector:

Para que gocen de nuestro apoyo constante y sincero en todo su camino,
roguemos al Señor.

R. Escúchanos, Señor.

Lector:

Para que encuentren en nuestra comunidad
signos visibles de unidad y amor generoso,
roguemos al Señor.

R. Escúchanos, Señor.

Lector:

Para que sus corazones y los nuestros se commuevan
más profundamente con las necesidades de los demás,
roguemos al Señor.

R. Escúchanos, Señor.

Lector:

Para que a su debido tiempo sean hallados dignos
de recibir el Bautismo de la regeneración

y la renovación por el Espíritu Santo,
roguemos al Señor.

R. Escúchanos, Señor.

ORACIÓN FINAL

66. Al terminar las súplicas, el celebrante, extendiendo las manos sobre los catecúmenos, dice una de las siguientes oraciones:

A

Oremos.
Oh (Dios de nuestros antepasados y)
Dios creador del universo,
te rogamos con humilde súplica,
que te dignes mirar propicio a estos siervos tuyos N. y N.,
para que sean siempre fervorosos en el Espíritu,
gozosos en la esperanza
y siempre obediente a tu nombre.
Llévalos, Señor, te pedimos,
hasta el baño purificador de la nueva regeneración,
para que, junto con tus fieles, tengan una vida fructífera
y consigan los premios eternos que tú prometes.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

B

Oremos.
Oh Dios omnipotente y eterno,
Padre de toda la creación,
que hiciste al ser humano a tu imagen,
recibe con amor a estos siervos queridos que vienen ante ti,
y concédeles, pues oyeron entre nosotros la palabra de Cristo,
que, renovados con su virtud,
lleguen por tu gracia
a la plena conformidad con tu Hijo.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

DESPEDIDA DE LOS CATECÚMENOS

67. Si se va a celebrar la Eucaristía, normalmente se despide a los catecúmenos en este momento usando la opción A o B; sin embargo, si los catecúmenos tienen que permanecer durante la celebración eucarística, se usa la opción C; si no se celebra la Eucaristía, se despide a toda la asamblea usando la opción D.

A

El celebrante recuerda brevemente con cuánto gozo han sido recibidos los catecúmenos y los exhorta a vivir según la Palabra de Dios que han oído. Una vez despedidos, el grupo de los catecúmenos sale, pero no se disuelve, sino que, acompañados por algunos fieles, permanecen reunidos para poder experimentar el gozo y para compartir mutuamente sus impresiones espirituales. El diácono o el celebrante los despide con estas u otras palabras semejantes:

Catecúmenos, vayan en paz,
y que el Señor los acompañe.

Catecúmenos: Demos gracias a Dios.

B

Como fórmula opcional para despedir a los catecúmenos, el diácono o el celebrante puede usar estas u otras palabras semejantes:

Mis queridos amigos, esta comunidad los envía a ustedes ahora a reflexionar más profundamente sobre la Palabra de Dios que ustedes han compartido con nosotros hoy. Estén seguros de nuestro afecto, apoyo y oraciones por ustedes. Esperamos con gozo el día en que ustedes compartan plenamente de la mesa del Señor.

C

Si por razones graves los catecúmenos no pudieran salir (cfr. n. 75.3) y debieran permanecer con los fieles bautizados, se les debe informar de que, aunque asisten a la celebración eucarística, no pueden participar en ella al modo de los bautizados. El diácono o el celebrante les puede recordar esto con estas palabras u otras semejantes:

Aunque ustedes todavía no pueden participar plenamente en la Eucaristía del Señor, quedense con nosotros como un signo de nuestra esperanza de que todos los hijos de Dios comerán y beberán con el Señor y trabajarán con su Espíritu Santo para renovar la faz de la tierra.

D

Sin embargo, si no se va a celebrar la Eucaristía, se puede añadir un canto adecuado a las circunstancias, y se despide a los fieles y a los catecúmenos con estas palabras u otras semejantes:

Vayan en paz,
y que el Señor permanezca con ustedes.

Todos: Demos gracias a Dios.

CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

68. Despues de la despedida, si se celebra la Eucaristía, se continua inmediatamente con la Oración universal (Oración de los fieles) por las necesidades de la Iglesia y de todo el mundo; luego, se dice el Credo, cuando está prescrito, y sigue la preparación de los dones. Pero por razones pastorales la Oración universal y el Credo pueden omitirse.